
CONSIDERACIONES

FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS

SOBRE

EL DUELO Ó DESAFÍO.

El hombre de valor desprecia el duelo, y el hombre de bien lo aborrece. Yo miro los duelos como el último grado de brutalidad á que pueden llegar los hombres.

(J. J. ROUSSEAU).

El duelo es un combate con peligro inminente de la vida entre dos personas que convienen en el tiempo y en el sitio, y á él se comprometen por su autoridad privada.

Puede decirse que el duelo encierra á un tiempo mismo la perversidad y la infamia del suicidio y del homicidio. El que libremente se expone sin razon justa y legitima al peligro inmediato de perder la vida, es en cierto modo el asesino de sí mismo. Por otro lado al duelista debe considerársele con la intencion de matar á su adversario; allí, pues hay tentativa de asesinato, y si realmente no tiene lugar el homicidio, no es sino por circunstancias independientes de la voluntad de los combatientes; por lo cual hay asesinato. El duelo puede ser considerado como una especie de suicidio y de homicidio recíproco intencional ó real.

De ahí se sigue que el duelista comete un crimen contra Dios, contra la sociedad y contra sí mismo. Véase lo que hemos dicho bajo este concepto triple hablando del suicidio. Nos contentare-

mos con hacer aquí algunas reflexiones sobre el duelo, considerado como preocupacion social y nacional.

En el estado actual de nuestra depravacion moral é intelectual, en el siglo que se llama del progreso y de las luces, siglo de razon, de alta civilizacion, reina en Europa, y en particular en el pueblo que se cree el mas instruido del universo y en el apogeo de la civilizacion, reina, digo, en este pueblo una preocupacion que le han legado los siglos de ignorancia y de barbarie. Esta preocupacion es el ídolo del falso honor, al que se sacrifica con una cruel é incomprendible estupidez la vida de los ciudadanos, la felicidad de las familias, la moral y la religion, es decir, todo lo mas sagrado entre los hombres.

Estos combates singulares tienen un origen bárbaro y feroz; son, en una palabra, un verdadero y brutal anacronismo que está en directa oposicion con las costumbres de los pueblos civilizados y cristianos. Es inconcebible, en efecto, que la Europa haya podido acreditar una opinion, un fanatismo tan absurdo como cruel, tan estúpido y tan extravagante como inhumano é inmoral: un día vendrá indudablemente en que la posteridad mas sabia que nosotros mirará nuestros siglos llamados de las luces como tiempos de ignorancia y de barbarie. Efectivamente, el permitir una costumbre atroz é insensata contra la razon y las leyes en el seno del Cristianismo, es decir, el no castigar como lo merecen los homicidios voluntarios, los asesinatos premeditados, solemnes, públicos y escandalosos, es el primero y mayor carácter de una nacion degradada, bárbara y embrutecida, y que desmentirá tal vez á los siglos venideros estos progresos de civilizacion tan decantada de las luces y de las ciencias de que nos envanece tanto. «El duelo, ha dicho hace poco el procurador general del tribunal de *casacion* (apelacion), es el estado salvaje; no es el derecho, sino la razon del mas fuerte, del mas diestro, y alguna vez del mas insolente.»

A los ojos de la soberana razon y de los hombres verdaderamente sábios, las buenas acciones y las virtudes y el valor que las hacen practicar son las que únicamente honran al hombre, al paso que las malas acciones y los vicios y la cobardía que las engendra deben tambien únicamente deshonrarle. Si fuese posi-

ble lo contrario, que las virtudes y el valor pudiesen deshonrar al hombre, y los vicios y la cobardía honrarle verdaderamente, todas las nociones de lo honesto, de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal serian confundidas y destruidas, anonadadas las leyes y la moral, y en fin todo el edificio social desplomado y arruinado.

El hombre que contra la ley natural hace libremente y por su propia autoridad una accion con la intencion de dañar á su semejante hace un acto malo y vicioso: el duelo ofrece estos caracteres, es hecho libremente, de propia autoridad, y con el designio de dañar; luego segun la regla cierta establecida arriba, el acto de los duelistas es malo y vicioso, y por consiguiente el efecto de una verdadera cobardía, porque se es cobarde antes de ser vicioso. La cobardía es la que produce el vicio. La cobardía, dice con razon Rousseau, es el camino del vicio, es decir, el medio de llegar á él. ¿Cuál será ahora el carácter del cobarde, y el del valiente?

Cobarde y perezoso es el que no llena sus deberes, el que comete acciones que la ley de Dios, la ley natural, la conciencia y las leyes positivas prohiben, ó que omite los deberes que estas imponen ó prescriben.

Para llenar todos los deberes es necesario por lo regular renunciar á sí mismo, vencerse, triunfar de la naturaleza, del amor propio y de las pasiones, es decir, que es preciso tener fuerza y valor. No hay virtud sin fuerza, dice Rousseau: la palabra virtud quiere decir fuerza. Para ser vicioso no se necesita sino ser cobarde, es decir, no tener el valor ni la fuerza de llenar el deber, y de practicar la virtud. Luego el que no llena sus deberes y no practica la virtud es verdaderamente cobarde y vicioso. Esto sentado, veamos si el duelista es valiente y virtuoso, ó bien vicioso y cobarde.

Los duelistas desprecian lo que mas sagrado hay entre los hombres, las leyes divinas y humanas. Se exponen libremente al peligro próximo de tener que soportar grandes, extremas, terribles y funestas consecuencias, y hasta de atraerse la mayor de las desgracias, bien recibiendo la muerte, bien dándola, cometiendo un homicidio verdadero. Sacrifican á la pasion todos sus deberes

juntos, hácia Dios, hácia los hombres y hácia sí mismos, y esto por una ofensa ligera recibida, una palabra desatenta, un gesto, una mirada injuriosa ¹.

Esto no es solamente una locura, una simple cobardía, sino una brutalidad estúpida, un feroz frenesí, un furor que no tiene nombre. «Si hay un crimen, dice Gall, que merezca ser calificado de homicidio de los mas premeditados, de los mas punibles, y de los mas insensatos, es ciertamente el duelo. La mayor parte de las veces ocurre la muerte recíproca á presencia de muchos testigos por bagatelas, y otras provocada por un espadachin de profesion. Por mas que haga para transportarme á los países, y á los tiempos mas bárbaros, nunca podré concebir, cómo se permite el dejar subsistir tan cruel inmoralidad. ¡La preocupacion, decís, así lo quiere, la preocupacion! ¡Es, pues, á la preocupacion que deben las leyes sacrificar la vida de los ciudadanos, la moral, los preceptos de la Religion, la felicidad de las familias! Mas, ¿cómo destruir una preocupacion que sostiene el valor y el honor? ¿Qué valor y qué honor el de matar ó hacerse matar por algunas palabras que os incomodan, ó por la reputacion y la admiracion de una mujer vanidosa y frívola que mañana tal vez se reirá de vosotros?

«Morid por la patria, por la defensa de sus derechos, y se dirá que sois hombres de valor. La nacion no tiene por cierto necesidad de semejante imprudencia, de tales fanfarronadas, para que sepa el mundo que tiene honor y valor ².»

Comprended, si es posible, la fuerza y el imperio de la preocupacion. El duelista comete un homicidio, y queda tranquilo y satisfecho: cree haber reparado su honor con un crimen enorme, un asesinato cobarde y horroroso; y la víctima dirá tal vez á presencia de la eternidad, mi honor queda vengado, muero satisfecho. El honor del duelista consiste, pues, en satisfacer sus pasiones, su orgullo y su venganza, es decir, en despreciar com-

¹ Bien conocida es de todos la anécdota que se cuenta de un furioso espadachin que se batió tres veces en un solo dia: la primera porque uno le habia mirado de través; la segunda porque otro le habia mirado de frente, y por último porque un amigo suyo no le habia mirado siquiera.

² Sobre las funciones del cerebro, tomo I, pág. 364.

pletamente las leyes divinas y humanas, ¡qué trastorno tan inconcebible de todas las ideas de justicia y de verdad!

El que admite un desafio hace traicion á su religion, si es que le queda de ella algun vestigio, y obra contra su razon y contra su conciencia: ve el mal que hace; su conciencia se subleva y grita contra la perversidad de su accion; mas no importa, porque ahoga este grito importuno, sacrifica su conciencia al fútil temor de las reconvenciones no menos fútiles de gentes frívolas y ligeras, ó á la aprension vana de pasar por un cobarde en el concepto de algunos hombres inconsiderados y esclavos como él de una cruel y fanática preocupacion. ¿Habrá en la tierra mayor cobardía que este olvido insolente de los deberes mas sagrados? La voluntaria omision por el respeto humano ó por el temor de una reconvencion injusta, prueba evidentemente el vicio, y descubre un alma débil y cobarde, y aun puede decirse que existe en estas almas bajas un fondo de hipocresía: y en efecto, ¡cuántos hay que se esfuerzan al admitir un desafio á aparentar en su exterior un valor de que su corazon carece! Y la multitud insensata toma por valentía este esfuerzo, lo cual es falso; porque estriba en la preocupacion y en la opinion de los hombres, y depende de las circunstancias, de los tiempos, y del lugar: la opinion, los tiempos y el lugar cambian, y con estos todo lo que de ellos depende; y lo que cambia así no puede ser el valor verdadero, porque la naturaleza de este, así como la del verdadero honor, no cambian, como tampoco cambia la verdad que es su verdadera base y fundamento.

¿Cuántas veces sucede que se admite un duelo por carecer de luces y de instruccion con que poderse defender por la fuerza de la razon? En estos casos la espada ó la pistola suplen el raciocinio y el talento, la destreza de la mano reemplaza el raciocinio y la lógica, y no tiene lugar el desafio sino porque se es estúpido y tonto, ó bien porque falta la fuerza de razon y de carácter para hacerse superior á una preocupacion que es fruto de la ignorancia y de la barbarie; y por cierto que nada de esto honra. No pudiendo vencer con el talento, se ataca el cuerpo brutalmente, y se bate como las bestias lo harian sin talento y sin razon.

Y no creais que estas reflexiones sean declamaciones vagas, puras ficciones, imaginadas solo para apoyar la opinion que se quiera hacer que prevalezca; no, son tristes realidades.

Algunos, que despues de haber sido esclavos de la preocupacion y del error han vuelto finalmente á la verdad y á la práctica de la virtud, nos han confesado humildemente que solo se habian batido por puros motivos de vergüenza y de respeto humano, si bien con extrema repugnancia; porque no habian sabido defenderse con buenas razones, es decir, porque carecian de talento y de raciocinio, y les sobraba un orgullo tonto y estúpido; en fin, que en un país extraño se habian negado á batirse, bien fuese por miedo á la muerte, ó bien por la persuasion que el honor no se comprometia en donde se era desconocido; luego el honor y el valor dependen del país que se habita y de la opinion de las personas que nos rodean y conocen: ¡qué extraño trastorno de los hombres que se pican de talento y de razon, ó mas bien qué sinrazon tan incomprensible! El verdadero valor y el verdadero honor son independientes de la opinion de los hombres, y son de todos los tiempos y de todos los países. Siempre, en todas partes y cualquiera que sea la opinion de los pueblos, el hombre debe ser buen ciudadano, virtuoso, honesto, justo, respetuoso hácia la autoridad y obediente á las leyes: hé aquí el verdadero honor. Siempre y en todas partes, por mas que se diga ó haga, el buen ciudadano debe amar á su patria, sacrificar al bien general el particular, combatir la preocupacion, y menospreciar el respeto humano para practicar la virtud; resistir con valor el torrente de los escándalos y de la inmoralidad pública; mostrarse constantemente firme defensor del inocente y del oprimido, de la viuda y del huérfano; dar pruebas de un celo generoso en las calamidades públicas; sacar, si es posible, á sus semejantes de los peligros en que puedan encontrarse; arrancarles de en medio de las llamas, de la inundacion, del contagio, etc., etc. En esto consiste el verdadero valor; y los mal avisados que reprueban á un hombre de este carácter, que por principios de virtud y de conciencia se niegue á batirse en desafio, deben considerarse como seres tristemente organizados, y como imbéciles cuya reprobacion estúpida é injusta debe despreciarse. Luego el que admite

un desafio es á la vez cobarde y vicioso; lo primero, porque le falta el valor para vencerse, para llenar su deber, para practicar la virtud y sobreponerse á una preocupacion falsa y brutal; y lo segundo, esto es vicioso, porque desprecia las leyes divinas y humanas, comete una accion mala y punible, y busca tanto como puede perjudicar á su semejante.

Veamos ahora el carácter de aquel, cuya vida honrada y virtuosa le hace como un deber de conciencia el negarse á un desafio. Este hombre es un sábio, porque es verdaderamente valiente, honrado y virtuoso. Valiente, porque tiene la fuerza de vencerse á sí mismo, librándose de una vil y bárbara preocupacion, combatiendo el poder alucinador del respeto humano, los sarcasmos de hombres frívolos, despreciando en fin un desprecio injusto; es honrado, porque hace consistir su honra en la verdad, en la franqueza, en la lealtad, en la práctica de la virtud, en una conducta irreprochable, y en la obediencia á las leyes: sabe que el verdadero honor no depende de la opinion ni de las preocupaciones de los hombres, sino que, como dice Rousseau, «tiene su eterno origen en el corazon del hombre justo y en la regla eterna de sus deberes.» No se cree honrado por el decir y por la opinion de una multitud inconstante ó insensata, sino solamente por la estima y por la aprobacion de los hombres sábios y virtuosos: para él la virtud es la única regla de la verdadera estimacion y del honor verdadero; en fin, es virtuoso, porque no quiere desobedecer las leyes divinas y humanas, ni perjudicar á su semejante, porque no quiere ser infiel á su Religion, sacrificar su conciencia, ni dar el escándalo de una grande y cruel inmoralidad. La persuasion de haber llenado su deber y el testimonio de una buena conciencia le compensan y le consuelan deliciosamente de los sacrificios que exige la práctica de la virtud.

Diráse tal vez que hay circunstancias en que el honor, que debe sernos tan precioso y tal vez mas que la vida, nos manda vengar por un desafio, cuando la autoridad no puede hacerlo, como por ejemplo, cuando recibimos un insulto ó una afrenta sin testigos. La razon natural nos dicta que á nadie es permitido constituirse juez en causa propia; porque los hombres son todos naturalmente llevados á creer mas graves de lo que en sí son los

agravios que se les hacen, y acostumbran sostener lo que creen que está en su derecho con demasiado calor y mas allá de los límites de la moderacion. Por otra parte Dios prohíbe la venganza personal cuando dice: *Mihi vindicta. Ego retribuam*. Despues es preciso soportar con paciencia las injurias que no se pueden vengar sino violando las leyes divinas y humanas. El que recibe injustamente una afrenta no puede ser verdaderamente por ello deshonrado, antes bien lo será el agresor, porque comete una mala accion, que es solo lo que deshonra al hombre. El Cristianismo, al que confesamos deber la civilizacion moderna, condena, como se sabe, la venganza personal. Sin embargo los duelistas se creen y llaman cristianos, y se avergüenzan de seguir sus santas y saludables máximas; el sábio gime no viendo en ello sino una degradacion profunda, y un embrutecimiento salvaje y feroz.

Es menester que en las ideas de los hombres haya un gran trastorno, para que pueda reputarse cobarde al que no quiere desobedecer las leyes divinas y humanas. Un hombre tiene el valor de sobreponerse á una preocupacion cruel, de llenar un deber de honor obedeciendo á las leyes, ¡y pasará por cobarde porque es virtuoso! Esto no está en la verdad, ni en la naturaleza. Si este hombre os ha ofendido, os ofrece todas las satisfacciones que no están contra la razon, la conciencia y la virtud, es decir el honor verdadero, porque sin virtud no háy verdadero honor. Dicese que existió un tiempo en Roma un templo dedicado al honor, al cual no se podia entrar sino pasando por el de la virtud; no es honrado, pues, el hombre que no sea virtuoso. El verdadero honor de un ciudadano consiste en practicar la virtud, es decir, obedecer la ley de Dios y la de su príncipe, que le representa en la tierra, y en no trastornar la sociedad con actos que la misma reprueba y condena.

Bien concebimos que el honor sólido y verdadero es superior á la vida; porque valdria mas morir que mancharse con algun crimen y violar las leyes de Dios. El honor, como se ha dicho, está fundado en la verdad y en la virtud, y es su compañero inseparable; está en nosotros, está en el corazon del hombre virtuoso. El falso honor depende de la opinion ó de las preocupaciones de los hombres, y ciertamente que estas no podrán ser nunca para el

hombre una regla de juicio, de deber y de conducta. Por otra parte seria absurdo el decir que este falso honor es preferible á la vida; sobre todo si fuese necesario conservarle no solo con peligro de la vida, sino con el desprecio de las leyes divinas y humanas; ¡y este falso honor es la causa única de los desafios!

Si hay álguien que nos objete que se pierde la reputacion y la opinion negándose á batirse, y que por consiguiente debe ser permitido para la conservacion del honor el ceder á la dura necesidad que nos impone la ley de una preocupacion admitida, si bien falsa é insensata, responderémos en este caso: ¿Luego preferís la vana aprobacion de una multitud, que vosotros mismos juzgais injusta é insensata, al deber, al testimonio de vuestra conciencia, á la estimacion de los sábios y de los virtuosos, y á la fidelidad que debéis á Dios? Pensar y obrar así es declarar manifiestamente que es forzoso sacrificar á una opinion, que se confiesa falsa, la conciencia, la virtud, la moral, la religion, y hasta Dios mismo. ¿Hay por desgracia algo mas execrable y horroroso?

«El verdadero honor, dice Rousseau, ¿depende acaso de los tiempos, de los lugares y de las preocupaciones? ¿puede pasar «y volver como las modas?... ¿Qué puede importar una vana «opinion de otro sobre el verdadero honor, cuyas razones se hallan solamente en el fondo del corazon?... El honor del sábio, «¿estaria á la merced del primer brutal que se encontrase?...» «Guardaos, dice en otra parte, de confundir el nombre sagrado «de honor con esta preocupacion feroz que coloca todas las virtudes en la punta de una espada, y que solo es á propósito para «hacer valientes malvados.

«¿Pensaron nunca los valientes de la antigüedad en vengar sus «injurias personales con combates singulares? ¿Mandó acaso César un cartel á Caton, ó Pompeyo á César, por tantas recipro- «cas afrentas? Y el mayor capitán de la Grecia (Temístocles), ¿fue «acaso deshonrado por haberse dejado amenazar con un baston?... «¡Ó vosotros que amais sinceramente la virtud, aprendedla á «practicar así, y no á la moda de los hombres!

«Si la humanidad es la basa de todas las virtudes, ¿qué pensar del hombre sanguinario y depravado que se atreve á atacarla «en la vida de su semejante? ¿Habeis olvidado que el ciudadano

«debe la suya á su patria, y que no tiene derecho de disponer de
«ella sin el permiso de las leyes, y menos contraviniendo á sus dis-
«posiciones? Yo quiero que de ello pueda resultar algun incon-
«veniente; esta palabra virtud ¿no es, pues, mas que un nombre
«vano, y no serémos virtuosos sino cuando no nos cueste nada el
«serlo? Si el filósofo y el sábio en los asuntos mas interesantes
«de su vida se regulan por los discursos insensatos de la mul-
«titud, ¿de qué sirve entonces este aparato de estudios para no ser
«en el fondo sino un hombre vulgar? ¡No os atreveis á sacrifi-
«car al deber el sentimiento, porque no se os acuse de temer la
«muerte! Pesad las cosas, y hallaréis mas cobardía en el temor
«de esta acusacion, que en el de la muerte misma. ¿Qué espe-
«cie de mérito hay en exponerse á la muerte para cometer un
«crimen?

«Aunque fuese cierto que uno se hace despreciar negándose á
«batirse, ¿qué desprecio es mas temible, el de los otros haciendo
«bien, ó haciendo mal, el suyo propio? Lo bueno y lo honesto
«¿dependen acaso del juicio de los hombres?

«Pero es falso que absteniéndose de batirse por *virtud* se haga
«uno despreciar. El hombre recto que nunca dió señas de cobar-
«día y rehusa manchar su mano con un homicidio siempre ad-
«quirirá honor; pronto siempre á defender en todo encuentro
«justo lo que le es caro al precio de su sangre, va con la cabeza
«erguida, y no huye ni busca á su adversario. Si se levantan por
«un instante contra él preocupaciones viles, todos los dias de su
«vida honrada son testigos que la recusan.

«Supongamos un militar de una conducta probada, que ha he-
«cho admirar su valor en los combates, que no ha retrocedido ja-
«más delante del enemigo, pero al mismo tiempo invariable en
«los principios de una moral austera; pensar que tal hombre se-
«ría despreciado, deshonorado, que perderia la estima de sus je-
«fes, de sus compañeros de armas, porque provocado injusta-
«mente hubiese rehusado el batirse, es una locura. Yo debo mi
«sangre á mi patria, diria; pero si me atacan insolentes adversa-
«rios, sabré defenderme como en el campo del honor he defen-
«dido á mi país: y tal vez los mas ligeros y los mas incrédulos
«respetarian su virtud.»

«En dos palabras, añade Rousseau, el honor de un hombre de
«bien no está en poder de otro, sino en el de sí mismo, y no en
«la opinion del pueblo. No se defiende con el escudo ni con la es-
«pada, sino con una vida íntegra é irreprehensible, y este combate
«vale tanto como cualquiera otro por lo que hace al valor. Los
«que están mas prontos á recurrir á un desafio son siempre aque-
«llos cuya probidad es mas sospechosa; por la mayor parte son
«gente mal vista que, de miedo que no se les desprecie abierta-
«mente, se esfuerzan en cubrir con algunos lances de honor la
«infamia de su conducta.»

Las primeras y verdaderas causas del duelo son absolutamente
las del suicidio: la ausencia de creencias religiosas, la ignoran-
cia de la Religion y el defecto de sus prácticas. Es fácil conven-
cerse de esta verdad al ver que los que se batien en duelo son ge-
neralmente irreligiosos: la observacion mas sencilla basta para
probar esta verdad; es, pues, inútil insistir sobre este punto.
(*Véase lo que sobre el hemos dicho en el capítulo del Suicidio*).

Por lo que hace á las causas ocasionales ó determinantes, su-
ficientemente se conocen, pues que de ordinario se hacen notar
bastante por su futilidad, y hasta por su absurdidad, como ya he-
mos dicho.

No puede concebirse cómo una nacion como la francesa, tan
humana, tan amable y tan cortés, ofrece en su seno tantos indi-
viduos que se hallen transportados de un furor tan ciego y tan sin-
gular por motivos tan fútiles y tan vanos. Esta es una especie de
locura atroz que nadie nota, y que la multitud insensata y atur-
dida toma por valentía y por honor.

Los médicos, como lo hemos dicho, miran al suicidio como efec-
to ordinario de una enfermedad ó de un delirio agudo. Es cierto
que el hombre no puede tener nunca razon para destruirse; pero
el suicida, criminal como es en sí, lo es ciertamente menos que
el duelista; porque la pérdida repentina é imprevista de la fortu-
na es una causa infinitamente mas poderosa y mas capaz de tras-
tornar y de desesperar que algunas palabras desatentas, ú otros
motivos mas ó menos frívolos que son lo que ocasiona el desafio;
y no obstante, todavía no hemos visto que á los duelistas se les
clasifique monomaniáticos, á pesar de lo mucho que hoy se in-